

# La lengua y el cuerpo. Preparativos para una arqueología<sup>1</sup>

*Juan Antonio Ennis*

## **Introducción**

En 1977, Raymond Williams ponía prácticamente en el umbral de su ensayo sobre *Marxismo y literatura*, un capítulo (el segundo) dedicado al problema de la lengua, en inglés, “Language”. El capítulo se abría con una clara y sintética exposición de un problema que atravesaba las humanidades desde hacía tiempo ya: “Una definición del lenguaje es siempre, implícita o explícitamente, una definición de los seres humanos en el mundo” (Williams, 1977, p. 21).<sup>2</sup> En las líneas siguientes, subrayaba cómo el esfuerzo por distinguir otras categorías –como “mundo”, “realidad”, “naturaleza”, “humano”– con respecto al lenguaje “constituye una parte importante de la historia del pensamiento”, y una particularmente esforzada, dado que se trata de construcciones *en* el lenguaje. El capítulo recorría instancias puntuales y salientes de la historia de la relación entre eso que se daba en llamar “pensamiento” y el lenguaje como objeto de investigación, pero prestando especial atención al período que se abre hacia fines del siglo

---

<sup>1</sup> Este trabajo guarda una deuda de gratitud con la escucha, intercambio, lectura y siempre precisas observaciones de Stefan Pfänder.

<sup>2</sup> En todos los casos en que no se cita edición española publicada de los textos, la traducción es de mi responsabilidad (JAE).

XVIII y cobra forma en el comienzo del XIX, cuando se comienza a establecer una disciplina que toma como su especialidad el lenguaje, a partir de la lógica moderna de la división del trabajo y la relativa autonomización de las esferas del ejercicio intelectual.

El examen realizado por Williams sobre las ciencias del lenguaje en la modernidad tenía así lugar a partir de un criterio selectivo orientado por el modo en el cual las distintas teorías, desde los precursores Vico, Herder o Jones hasta Chomsky, Voloshinov y Vigotsky, pasando por la filología histórico-comparativa, Humboldt y Saussure, lidiaban con el problema del carácter constitutivo y/o constituyente del lenguaje para el ser humano. Es decir, para el modo de ser o estar los seres humanos en el mundo. Con especial lucidez, Williams reconocía la continuidad entre la lingüística decimonónica y la del siglo XX, en la prevalencia de un sistema abstracto, supraindividual y fundamentalmente de naturaleza textual (que transforma incluso en texto escrito al testimonio oral) por sobre cualquier forma del uso, del modo en el cual la lengua sucede en la sociedad cotidianamente. En este sentido, Saussure aparece no como el momento de un corte, sino como la “expresión teórica más acabada” de esta “comprensión reificada de la lengua” (Williams, 1977, p. 27). En este tren de argumentación, el argumento hallado en *La ideología alemana* de Marx y Engels acerca de la lengua como conciencia práctica, surgida de la necesidad de la interacción entre los seres humanos, contribuía a establecer límites y prevenciones con respecto al primado dado a la noción de lenguaje como actividad práctica y constitutiva –según aparecía en Vico y Herder–, donde veía dos riesgos: por un lado la reducción idealista del mismo a elemento primigenio que precede y condiciona todas las demás actividades relacionadas con lo humano, y por el otro la proyección de un mundo preexistente del cual el lenguaje no es más que una respuesta, que identifica con el materialismo objetivista y el positivismo (Williams, 1977, p. 29).

La propuesta del materialismo cultural williamsiano en este caso apuntaba a una lectura del problema que, sostenida en Voloshinov y Vygotsky, proponía la superación de esta separación al postular que, a la de la naturaleza evolutivamente constitutiva (y hasta ahí admitía al menos cierta validez al generativismo entonces en boga) del lenguaje, medio fundamental de las prácticas sociales, debía añadirse “una definición igualmente necesaria del desarrollo del lenguaje –al mismo tiempo individual y social– como histórica y socialmente *constituyente*”. De tal modo, explicaba su planteo como el de un proceso dialéctico que permitía dar cuenta de “la conciencia práctica cambiante de los seres humanos, en la cual puede otorgársele todo su peso tanto al proceso evolutivo como al histórico, pero dentro de la cual también pueden distinguirse, en las complejas variaciones del uso lingüístico” (Williams, 1977, pp. 43-44).

En un volumen abocado a reformular los términos en que el materialismo histórico lidiaba con la cultura, superando las escisiones sistemáticas de base y superestructura a favor de una comprensión del proceso social en su materialidad, la pregunta por el modo en el cual debía comprenderse la lengua ocupaba un lugar crítico, que sin dejar de serlo con las tradiciones reseñadas, tampoco podía prescindir del punto de partida antropogenético.

Entre las múltiples reseñas y comentarios que recibiera un volumen tan influyente como *Marxismo y literatura*, se encuentra un breve párrafo entre las “Booknotes” que entonces publicaba *Language in Society*, que dentro de una presentación elogiosa del “breve libro”, señala una aparentemente silenciada relación de la perspectiva williamsiana con la del último Sapir, y más explícitamente le reprocha el hecho de que “cita a Chomsky y Voloshinov, pero no a la literatura sociolingüística o etnolingüística en la cual se ha desarrollado una perspectiva como la suya”. La reseña, firmada D.H., pertenecía a Dell Hymes, el editor y fundador de la revista (1978, p. 291), que desde 1972 es publicada por Cambridge University Press.

En la introducción al primer número, en el prospecto de la publicación, Hymes había definido el giro metodológico que proponía la sociolingüística a partir de una paráfrasis de las mismas *Tesis sobre Feuerbach* a las que apelaría Williams (este trabaja sobre la primera, Hymes sobre la sexta), como superación del esencialismo al que estaba condenada la “lingüística convencional” al considerar como su objeto el lenguaje en el conjunto de las relaciones sociales que integra, dando así cuenta del paso revolucionario que suponía a su entender un programa de investigación abocado a describir y explicar “la organización concreta del habla en la sociedad”, “un paso que primero se opone a, y luego trasciende el lugar dominante de la ‘gramática’ como el género cultural en cuyos términos se entiende el lugar del lenguaje en la vida humana” (Hymes, 1972, p. 10). De algún modo, ya desde los años 50 distintas tendencias dentro de las ciencias del lenguaje habían venido trabajando en el sentido de esa devolución de su objeto al ámbito de las prácticas, a la materialidad y localidad de su ocurrencia, y si bien la proliferación y afianzamiento de distintas perspectivas dentro de y desde la lingüística en entramados interdisciplinarios de diverso cuño, permitiría pensar en una superación de la restricción del lenguaje a su forma verbal sistematizada, el debate en este sentido está lejos de haberse clausurado.<sup>3</sup>

La sociolingüística contaba así entre los rasgos comunes a sus distintas vertientes, la recuperación de dos dimensiones que el generativismo dominante dejaba de lado: la *performance* como objeto legítimo, y las diversas *competencias comunicativas* que entran allí en juego, en publicaciones que atendían “a un amplio rango de sitios y situaciones, pero también a un amplio rango de formas comunicativas, lla-

---

<sup>3</sup> Intervenciones polémicas como la abierta al comenzar este siglo XXI –por sólo poner un ejemplo– por el artículo de Newmeyer titulado “Grammar is grammar and usage is usage” dan cuenta de la vigencia del debate (Newmeyer, 2003 y 2005; Guy, 2005; Meyer y Tao, 2005; Laury y Ono, 2005, Bybee, 2006, entre otros).

mativamente también no verbales”, tal como lo reconocen de manera más reciente Heller y McElhinny (2017, pp. 197-198). En el volumen del que se extrae esta mención, Monica Heller y Bonnie McElhinny ofrecen una verdadera historia política de los saberes especializados sobre el lenguaje, que tiene la particularidad de desplegar en su cierre una propuesta abierta, interdisciplinar, quizás hasta cierto punto incierta pero no por ello menos válida, de pensar la lengua más allá de los esquemas recibidos, en el marco de las tentativas de epistemologías de-coloniales que en su libro se ilustran con el proyecto de atlas de Charles Lippert y Jordan Engel (<https://decolonialatlas.wordpress.com>), con la imagen de los Grandes Lagos de Norteamérica basada en la concepción y nomenclatura de la cultura Anishinaabe, como una invitación a “re-imaginar el mundo” desde otros términos, lo que requiere “nuevos modos de pensar el tiempo, el espacio y la persona” (Heller y McElhinny, 2017, p. 227).

Así, puede pensarse que cuarenta años después, en una línea de trabajo que invoca explícitamente la figura señera de Williams para un examen crítico de la historia de la lengua desde sus saberes especializados y prestigiosos, Heller y McElhinny (2017, pp. 2-3) llegan necesariamente a plantear de nuevo, desde otras condiciones de enunciación, la pregunta por los seres humanos en el mundo: el tiempo, el espacio y la persona, más allá de su gramática (pero sin perderla de vista), en un sentido necesariamente amplio.

Puede pensarse, en buena medida, que ese último ejercicio guarda alguna relación de analogía con el realizado poco antes –para plantear un problema que sin aparentarlo pertenece al mismo orden– por Brenda Farnell en su imprescindible *Dynamic Embodiment for Social Theory* (Routledge, 2012). El primer capítulo de este volumen, dedicado a la primacía del movimiento, comenzaba por evocar creencias diversas en los pueblos Nakota y Lakota de las llanuras septentrionales de Norteamérica o en los Kuna de Panamá, indicando rápidamente

que no es el mero exotismo etnográfico lo que motiva la referencia, sino la necesidad de subrayar que aquello que se conoce como *somatic turn* estaría llevando a Occidente a pensar las cosas de un modo que ya estaba presente en otras culturas desde mucho antes. El presupuesto fundamental de Farnell es que las ciencias sociales occidentales, desde su emergencia entre fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, habrían decidido ignorar el cuerpo, quedando desprovistas del mismo hasta entrados los 1970, y una vez “descubierto” el cuerpo, este habría aparecido primariamente “como un objeto social estático, más que un recurso *activo* para dar sentido a los mundos humanos” (Farnell, 2012, pp. 1-2). De algún modo, los esfuerzos del pensamiento o la ciencia occidentales se habían orientado durante siglos a preguntarse, por ejemplo, por el lenguaje, o, dicho de otro modo, por el modo en que los seres humanos son o están en el mundo, haciendo abstracción de aquello que, materialmente, les permitía ser o estar. La perspectiva de Farnell se basa así en un “nuevo realismo” que da lugar a una forma de la agencia humana fundada en la materialidad dinámica de su cuerpo, proponiendo una superación de la dicotomía platónico-cartesiana que domina la teoría occidental, y que alcanza asimismo al lenguaje como objeto y a la relación entre habla y cuerpo en movimiento, no a partir de una complementariedad subsidiaria, sino de la intercompensación dinámica de términos que se han procurado separar cuidadosamente por siglos. Se trata, sostiene la autora, de un pensar que va con y a través del movimiento, y no solo de las palabras. De este modo, Farnell procura “expandir la noción convencional de discurso, reconociendo que no es que la mente humana que genera e improvisa con gestos vocales (hablando) de algún modo se apague cuando se trata de otras formas de movimiento corporal”, sin por ello reducir tampoco estas prácticas a un modelo lingüístico que desviaría el foco de sus propiedades distintivas (Farnell, 2012, p. 3). El presupuesto de Farnell se formula como una pregunta, una interrogativa causal: por

qué sucede, en el momento en que emergen las ciencias sociales, este desprendimiento del cuerpo.

El proyecto que aquí se quiere presentar, llevado adelante con la colaboración de Stefan Pfänder (Universidad de Friburgo, Alemania), y articulado a la vez con un proyecto colectivo radicado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata,<sup>4</sup> propone una exploración arqueológica de ese desprendimiento, una exploración de esa ausencia o sustracción del cuerpo específicamente en la lingüística moderna en el momento de su afianzamiento epistemológico e institucional en el largo siglo XIX alemán (v. Blackbourn, 1997).

En el curso de investigaciones anteriores (Ennis, 2008, 2014a, Ennis y Pfänder, 2013), y a partir de la tesis foucaultiana de *Las palabras y las cosas* acerca del acontecimiento que la irrupción de la filología histórico-comparativa supone en el horizonte de la *episteme* occidental, modificando, según Foucault, *el modo de ser del lenguaje*, hemos formulado una hipótesis que en buena medida puede funcionar como un reverso de la pregunta de Farnell, y también como un punto de partida para el proyecto aquí en cuestión. Así, esta intervención sobre el modo de ser del lenguaje mismo, probablemente, tiene que ver con la posibilidad de formular ese enunciado, de pensar “el lenguaje mismo”, a partir de un proceso que implica una lógica análoga de la separación.

Esta modificación puede pensarse como dos intervenciones decisivas sobre lo que podemos denominar como el cuerpo de la lengua.

---

<sup>4</sup> PID H-850, “Filología, lingüística y archivo: aportes hacia una historia política de la lengua entre Europa y América Latina (mediados del siglo XIX-comienzos del siglo XX)”, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Este proyecto específico se enmarca en la investigación llevada adelante por el autor en esta línea en el marco de una beca Georg-Forster de la Fundación Alexander von Humboldt, radicada en la cátedra de Lingüística románica del Prof. Dr. Stefan Pfänder en el Romanisches Seminar de la Albert-Ludwigs-Universität Freiburg im Breisgau.

Se trata de dos formas de reificación e hipóstasis sobre el hecho lingüístico: por un lado, la lengua recibe un cuerpo, y este cuerpo es el de una comunidad lingüística monoglósica cuyos límites, historia y destinos coinciden con las del Estado-nación y hacen de ella una entidad discreta y diversa de otras del mismo tipo, adyacentes o enfrentadas a ella. Es la conjunción tan incierta como determinante para la política en la modernidad que Giorgio Agamben supo exponer lúcidamente en su ensayo sobre “Las lenguas y los pueblos” (2001). Por otra parte, las ciencias del lenguaje proceden a separar a esa lengua, al tiempo que la hacen clave y archivo de la identidad, límites y modos de desarrollo del colectivo con el que se identifican, de la agencia posible de esos mismos sujetos, asignándole una autonomía consagrada en el léxico del “organicismo lingüístico”.<sup>5</sup> El del organicismo lingüístico constituye uno de los casos más claros de lo que Errington (2008, p. 81) llama “literalización de las metáforas”, y encuentra, por ejemplo, en August Schleicher su forma más extrema (cf. Schleicher, 1865). Como lo leía Foucault, para la lingüística decimonónica, a grandes rasgos, “así como el organismo vivo manifiesta por su coherencia las funciones que lo mantienen en vida, el lenguaje, y en toda la arquitectura de su gramática, hace visible la voluntad fundamental que mantiene vivo a un pueblo y le da el poder de hablar un lenguaje que sólo le pertenece a él” (Foucault, 2005 [1966], p. 284). Y, al igual que el sujeto de la especie biológica, el individuo que le da expresión no controla ni sus límites ni sus características.

Esta separación entre lengua y representación supone asimismo su sustracción al ámbito de la agentividad: una lengua puede decir mucho acerca de sus hablantes, pero su desarrollo es ajeno a la inter-

---

<sup>5</sup> Acerca de la “metáfora orgánica”, pueden verse, entre otros, Formigari (2004, pp. 134-146), Murguía Davies (1998, p. 433); Tsiapera (1990); Aarsleff (1982, p. 382), Nerlich (1992, pp. 132-133; 1996, pp. 400 y 411-412); Desmet y Swiggers (1995, p. 256); Nerlich y Clarke (1996, p. 246).

vención de los mismos. Así, la lingüística del siglo XIX realiza una doble operación sobre ese modo de ser de la lengua: por un lado, recibe un cuerpo, y este cuerpo es el de una comunidad lingüística monogló-sica cuyos límites, historia y destinos coinciden con las del estado-nación y hacen de ella una entidad discreta y diversa de otras del mismo tipo, adyacentes o enfrentadas a ella; por el otro, se le asigna otra corporeidad, metafórica (la del “organicismo”), que a su vez opera una sustracción de la lengua de la historicidad humana.

En esta etapa de la investigación, la pregunta apunta a un componente necesario de ese proceso, esto es, al modo en el cual, en la sustracción de la agentividad humana, también participa una concepción del lenguaje que necesariamente debía prescindir de su *locus* en el cuerpo, y limitarse a una descripción acorde a los recursos tecnológicos, epistemológicos y políticos disponibles y/o pretendidos.

\*

La pregunta por la lengua ha tenido siempre una dimensión pragmática inexcusable. Al preguntar qué es una o la lengua, por lo general, se está preguntando qué puede hacerse con ella. La historia de las ciencias del lenguaje tal como las conocemos, se remonta usualmente a una serie de giros teóricos y empíricos que tienen lugar entre las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del XIX, de manera contemporánea al movimiento romántico que en gran medida integran, y proporcionando fundamentos epistemológicos sustentables al desarrollo simultáneo de los imperialismos y nacionalismos modernos.

Entre las intervenciones que marcan el camino a las conceptualizaciones en las que arraigará la nueva disciplina, suelen destacarse las de Herder en Berlín, Condillac en Francia y William Jones como representante de la corona británica en la India. Las mismas abren en las últimas décadas del XVIII las vías fundamentales para pensar

las lenguas como archivo de un devenir histórico que daría cuenta finalmente de la necesidad de la hegemonía europea en un mundo cada vez más integralmente envuelto en la red del intercambio de las mercancías que lo iba haciendo uno. Sin perder de vista las tradiciones seculares que permitirían reconstruir diversas genealogías de la investigación lingüística, remontándose hasta las diversas antigüedades, hay una serie de condiciones políticas, tecnológicas y culturales que en ese período propician la emergencia y consolidación de la lingüística moderna.

La indagación de las distintas instancias en el desarrollo de las ciencias del lenguaje a partir de la imposición del paradigma histórico-comparativo y sus posteriores giros e inflexiones pone asimismo de manifiesto la recurrente necesidad de redefinir los alcances de la disciplina y los límites de un objeto de estudio a primera vista accesible a todo el mundo.

En el marco de un volumen sobre las lenguas del archivo, esta contribución se propone dar cuenta de un proyecto en curso cuyo campo de trabajo puede describirse a grandes rasgos como el del archivo de las ciencias del lenguaje. Con mayor precisión, se trata de una indagación arqueológica en el terreno de la lingüística y la filología sobre todo alemanas del largo siglo XIX.

La noción de archivo se trabaja, teóricamente, tomando en consideración al menos tres perspectivas canónicas, a partir de las cuales se propone pensar la relación de esta categoría con los procesos de construcción del objeto “lengua”: Foucault (1969), Derrida (1995), Didi-Huberman (en este mismo volumen). En estos textos el archivo aparece, respectivamente, como reformulación de la totalidad en el lenguaje, como institución cultural y como resto o jirón, huella de una pérdida siempre irrecuperable. La integración (no necesariamente armónica) de estas tres perspectivas permite pensar tres problemáticas en especial: la objetivación de un modo histórico determinado de en-

tender la lengua que hace a su vez posible su tematización, los modos de constituir y delimitar el archivo y la autoridad de su interpretación, y su carácter finalmente fragmentario, con la consecuente precariedad de todo saber histórico –premisas insoslayables para acceder a la lengua como archivo y el archivo de la filología y la lingüística como parte integrante del mismo.

En el ámbito de los estudios del lenguaje, esta demanda de una historia de los saberes y procedimientos que contribuyen no solamente al desarrollo de disciplinas específicas sino también, y de manera decisiva, a la configuración de su objeto como *forma pública* encuentra una respuesta en distintas intervenciones que, desde líneas de investigación diversas pero convergentes (la historiografía lingüística, la glotopolítica, los estudios de ideologías lingüísticas, entre otros) han dado forma en las últimas décadas a un verdadero “giro archivístico” en el área.<sup>6</sup> Este afán histórico no responde a una mera obsesión de anticuarios, sino que se incorpora precisamente en una serie de emprendimientos arqueológicos que contribuyen a repensar la forma política de algo tan común como una lengua en el presente a partir de los procesos de su constitución como objeto epistemológico y político en la modernidad.

Cuando la historiografía procura responder a las preguntas del presente ahondando en la relativa juventud de sus instituciones y formas políticas pretendidamente más antiguas –tal como lo hacía Hobsbawm (1997, p.1) desde el prólogo a su estudio sobre naciones y

---

<sup>6</sup> La referencia a las intervenciones individuales sobre las que se articula este giro sería aquí demasiado extensa de citar y siempre incompleta. De todas formas, tal como se menciona más adelante, pueden marcarse importantes puntos de condensación reciente en volúmenes como los de Del Valle (2013, 2016), Heller y McElhinny (2017), así como las obras de referencia empleadas en este trabajo, como Amsterdamska (1987), Aarslef (1988), Olender (1989), Morpurgo Davies (1998), Bauman y Briggs (2003), Formigari (2004), Benes (2008), que desde luego no agotan el panorama mencionado, pero sí ofrecen una muestra representativa.

nacionalismo–, la pregunta por el vínculo entre lengua, nación e imperialismo y su legitimación a través de las modernas ciencias del lenguaje se hace necesaria. Así Geary, en *The Myth of Nations*, establecía tras un final del siglo XX convulsionado por los conflictos que siguieron al desmantelamiento del bloque soviético, que “los reclamos de soberanía que Europa está viendo en el Este y Centro del continente hoy son una creación del siglo diecinueve, una era que combinó las filosofías políticas románticas de Rousseau y Hegel con una historia ‘científica’ y la filología indoeuropea para producir el nacionalismo étnico” (Geary, 2003, p. 13). La “filología indo-europea” aparece así como el dispositivo de base para la constitución de un saber institucionalmente autorizado y expandido sobre las lenguas, su naturaleza y su modo de tener historia, que se constituye precisamente a partir de su diferenciación con respecto a la filología clásica. Jean-Pierre Vernant lo establece en el prólogo a una de las investigaciones señeras en esta arqueología de las ciencias del lenguaje y disciplinas emparentadas en cuanto dispositivos políticos (*Las lenguas del paraíso*, de Maurice Olender), al aseverar que “las diversas formas de racionalidad científica se elaboran al mismo tiempo que construyen, en cada disciplina, su objeto propio y sus métodos específicos de investigación” (Vernant, 2005 [1989], p. 10). El dispositivo de la filología y la lingüística sobre todo europeas proporciona a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX una plataforma de racionalización y de legitimación científica para diversas intervenciones sobre el emplazamiento político de la lengua en la sociedad.

De este modo, no se trata de una historia de la lingüística, sino de un ejercicio arqueológico cuyo objeto último es el examen de aspectos precisos y a nuestro parecer decisivos de la construcción del objeto lengua en la modernidad, como continuación de una línea de investigación que se ocupa de explorar distintos aspectos del discurso (también especializado) sobre la lengua entre Europa y América

Latina, procurando inscribirse en el marco proporcionado por lo que desde la glotopolítica se ha dado en llamar una “historia política de la lengua”. En este sentido, hablar de una “historia política de la lengua” implica hoy en día una toma de posición no sólo en cuanto a decisiones epistemológicas precisas en el ámbito de los estudios del lenguaje, sino también en cuanto a los límites mismos fijados para investigaciones planteadas inicialmente al interior del mismo, pero que necesariamente deben excederlo, explotando la porosidad de sus límites. La primero llamada *Political History of Spanish* (Cambridge University Press, 2013), luego traducida como *Historia política del español* (Madrid, Aluvión, 2016), dirigida por José del Valle vino a corroborar algo que habían sabido anticipar las distintas vertientes más o menos heterodoxas de los estudios lingüísticos (antropología lingüística, sociolingüística histórica, análisis crítico del discurso, glotopolítica, entre otros), dándole un espacio de especial visibilidad en el horizonte de la historia de la lengua: que cualquier mirada sobre la historia de la lengua, si quería ser histórica, debía comenzar por superar, aboliéndola, la escisión que la había fundado, aquella que consagraba la separación discreta entre historia lingüística interna e historia lingüística externa (v. Blumenthal, 2003; Lebsanft, 2003, p. 484).

Por otra parte, pensar la historia de la lengua en términos de una historia política supone una manera clara y decidida de pensar la lengua *en* la historia. Este de la lengua en la historia es el nombre diera T. Crowley (1996) a su planteo de la necesidad de superar ya definitivamente el fundamentalismo de una abstracción que, como demostraba en su libro, ni siquiera se encontraba en los textos que le otorgaban sustento a su tradición. La premisa, sin embargo, para algo que el lenguaje de Crowley parece presuponer –que el objeto de una disciplina abocada al estudio de la lengua en la historia comprende tanto las formas gramaticales como el modo de enunciarlas y, más aún, de ponerlas en relación con otras series– supone el ejercicio arqueológico de

desmontar los basamentos de la lingüística moderna, aquella *separación* que permite la formación de un objeto específico y un discurso especializado, proceso que se ve entramado en el desarrollo de la modernidad capitalista y su *episteme* (en el sentido foucaultiano del término).

Y si esta separación llega a su extremo en la escisión entre lingüística externa y lingüística interna que ya Coseriu supo censurar en sus bases mismas<sup>7</sup> y en los extremos alcanzados en la configuración post-saussureana del objeto (en resumen: no hay lengua posible sin exterioridad, no hay que confundir la teoría y su objeto, el concepto y lo que describe), no se tratará en este caso de una vuelta sobre las prácticas, sino antes de un examen del modo en el cual la *teoría* cobra forma y prestigio al desprenderse de ellas y puede retornar a la vez e incidir sobre las mismas. La premisa, en síntesis, establece que el sustrato empírico sobre el cual se ejerce la indagación histórica del objeto *lengua* (de una lengua en particular, de varias lenguas comparadas, con Foucault, del modo mismo de ser del lenguaje) comprende tanto el aislamiento de las formas gramaticalmente relevantes como los discursos sobre la lengua, aquellos que permiten la delimitación de esas formas, la distinción entre lo relevante y lo accesorio, su disposición en conformaciones de la subjetividad y su distribución en un mapa necesariamente (gloto)político.<sup>8</sup>

En este marco, la lengua es trabajada en tanto artefacto políticamente construido.<sup>9</sup> Este artefacto puede ser explorado no solamen-

---

<sup>7</sup> “Nunca se ha visto una gramática que se modificara por sí sola, ni un diccionario que se enriqueciera por su propia cuenta. Y libre de los llamados ‘factores externos’ se halla sólo la lengua abstracta, consignada en una gramática y un diccionario. La que cambia es la lengua real en su existir concreto. Mas esta lengua no puede aislarse de los ‘factores externos’ –es decir, de todo aquello que constituye la fisicidad, historicidad y libertad expresiva de los hablantes–, pues se da sólo en el hablar” (Coseriu, 1978, p. 16).

<sup>8</sup> Véase, entre otros, Arnoux y del Valle (2010), Arnoux (2000, 2016), Del Valle (2007, 2013, 2016).

<sup>9</sup> “A estas alturas nadie debería sorprenderse de que, en este proyecto, el español

te desde su contexto epistemológico general y especializado, sino también a partir de la constelación de discursos y hechos sociales y políticos que aparecen como sus condiciones de producción. Dentro de las dimensiones posibles que abarca esta construcción política del objeto, a nuestra investigación le preocupa en mayor medida aquella que pretende definirse por su deslinde de lo político y consecuente delineamiento de un espacio de relativa especificidad y autonomía que a la vez le otorgará la potestad para incidir sobre esa construcción, esto es, la dimensión del discurso especializado sobre la lengua. A la dimensión platónico-cartesiana de la sustracción del cuerpo en la construcción del objeto y método de las ciencias sociales (Farnell, 2012) se suma en este caso una concepción más amplia, a partir de la cual la separación de lengua y cuerpo se piensa integrada en el dispositivo de separación propio de la que Benjamin llamó “religión capitalista”, cuya forma base es la de la separación del valor de cambio y el valor de uso.<sup>10</sup>

En función de ello, se parte aquí de una perspectiva modélicamente trabajada por Bauman y Briggs (2003), a partir de una combinación de trabajo de archivo y reflexión crítica, de acuerdo con la cual “las construcciones de la lengua (lo que significa tanto ideologías lingüísticas como regímenes metadiscursivos) y la tradición jugaron un papel central en la creación del proyecto modernista”, esto es, las bases ideológicas para la construcción de los imperios y naciones de la modernidad con sus sujetos (Bauman y Briggs, 2003, p. 299). La indagación textual de estas construcciones desde Locke hasta Boas,

---

se aborde como un artefacto político construido discursivamente que, como tal, contiene huellas de las sociedades que lo producen y de las tradiciones discursivas involucradas -e incluso invocadas- en su creación. Sin embargo, no es solo por su valor representacional por lo que lo definimos como un artefacto, sino por la función performativa que desempeña en el campo en el cual es producido” (Del Valle, 2016, p. 21).

<sup>10</sup> Véase Benjamin (2015), Agamben (2005), Ennis y Pfänder (2013), Ennis (2015b), Foffani y Ennis (2015).

pasando por Blair, Herder y los hermanos Grimm –entre otros–, les permitió a los autores llegar a la conclusión de que “un constructo reduccionista, atomístico e individualista del lenguaje se convirtió en un modelo no sólo de la comunicación, sino del pensamiento, la racionalidad y la sociabilidad” (Bauman y Briggs, 2003, p. 209). En este sentido es que en el marco de nuestro proyecto pretendemos explorar la exclusión del cuerpo de la representación de la lengua como objeto en el medio histórico de su producción, esto es, como producto del desarrollo histórico que conocemos como capitalismo (y colonialismo).

De manera más reciente, y en esta misma línea, se destaca el volumen de Heller y McElhinny, donde la relación entre el hecho empírico y la construcción letrada en las representaciones sobre el lenguaje se tematiza e interroga de manera recurrente. Así, es en la vida cotidiana que puede percibirse el modo en el cual la lengua se encuentra sometida a la lógica de la mercancía, en los diversos contextos de producción y circulación en los cuales se pone en juego una forma de la propiedad o el valor (cf. Ennis, 2014b, 2015a). Como afirman Heller y Mc Elhinny, “para comprender nuestras condiciones en el presente, necesitamos situarlas en las historias del capitalismo y el colonialismo que las atraviesan” (2017, p. 3). Y a la hora de pensar la relación de lengua y cuerpo, examinando las coordenadas del presente del capitalismo tardío articulado discursivamente por el neoliberalismo, señalan cómo en las formas del nativismo, nacionalismo o mero racismo hacia las que puede terminar conduciendo la puesta en valor de la autenticidad y las emociones o afectos reales en la comodificación de las competencias lingüísticas (de manifiesto, por ejemplo, en la industria del *call center*), puede verse cómo “los modos de hablar pueden estar inalienablemente ligados a ciertas clases de cuerpos, y ciertas clases de cuerpos siempre son vistos hablando de un modo deficiente, medido contra un rasero siempre sustraído de

la propiedad” (Heller y McElhinny, 2017, p. 230). En ese sentido, un presupuesto para la investigación que aquí se presenta reside en la convicción de que la arqueología de la separación analítica de lengua y cuerpo puede contribuir a comprender y trabajar sobre los regímenes de propiedad que atraviesan las prácticas y los mercados de la lengua en el presente.

\*

Las hipótesis de trabajo básicas de esta investigación se fundan en circunstancias en principio fácilmente identificables en el panorama de la lingüística decimonónica, que remiten a la simultánea vinculación y sustracción de la lengua con respecto, por una parte, a sus condiciones materiales de producción (tanto el cuerpo humano que la produce en cada acto de habla como los espacios y posibilidades de la interacción o los medios de reproducción disponibles) y el mundo en general (sociedad, política, cultura, economía) en el que esto sucede.

La hipótesis fundamental apunta a una descripción densa en el sentido de Geertz (1972) de la compleja arquitectura del objeto lengua, tal como fue modelado por las primeras escuelas de la lingüística moderna, que a su vez alcanzó a determinar a largo plazo la conformación política del mismo. En este punto, se toman en consideración las aproximaciones críticas más recientes a las múltiples y complejas relaciones entre las teorías de la lengua y la cultura más influyentes y las transformaciones de hecho operantes en su objeto, o entre estas y su empleo práctico como justificación científica de relaciones de poder desiguales (sobre todo coloniales) (por ejemplo Bauman y Briggs, 2003, Errington, 2008, Benes, 2008, entre otros), que han procurado demostrar cómo la elaboración teórica sobre las lenguas tiende a coincidir con las políticas que hacen de ellas su

objeto en el contexto de la modernidad colonial (en el sentido de Mignolo, 1995).

Una de las paradojas fundamentales de la lingüística histórico-comparativa como dispositivo científico en el desarrollo de la forma moderna de concebir e intervenir sobre el objeto lengua, reside en el hecho de que su enfoque histórico se conformó a partir de la sustracción de la lengua de la historia de sus hablantes (Crowley, 1996). Esta exclusión constituyó el núcleo de la inscripción histórica de la disciplina como medio clave de la producción de saberes en un mundo colonial y capitalista (Errington, 2008, Heller y McElhinny, 2017). Como se mencionó anteriormente, hemos estudiado antes esta sustracción de la lengua de la historia como la simultánea sustracción y atribución de un cuerpo para la lengua (Ennis, 2008, 2014b). Pero en este uso relativamente metafórico del concepto de cuerpo en la definición del objeto de la lingüística, la disolución del lugar del cuerpo en la representación científica de la lengua juega también un papel importante. Justamente en el momento en el cual la lengua es transformada en un conjunto físico, material, de sonidos transcribibles, y al mismo tiempo en representación concreta de la continuidad histórica y cohesión de la comunidad que la detenta, resulta asimismo sustraída a la agentividad de los sujetos, y esto al menos en dos modos: es recortada de su ámbito de incidencia histórica, y al mismo tiempo, el cuerpo que la produce es borrado de su concepción.

\*

Al final del siglo XVIII, como se observaba más arriba, se encuentran diversas instancias luego recuperadas como escenas de comienzo o momentos precursores para las ciencias del lenguaje. William Jones, en 1786, en el tercer discurso anual ante la *Asiatick Society* de Bengala, pronuncia su memorable juicio sobre el parentesco entre el

griego, el latín, el sánscrito y el persa, que retomaría Friedrich Schlegel veintidós años después en su *Über die Sprache und Weisheit der Inder*. El camino que abría la hipótesis de Jones se complementaba, tal como lo demostrará la intervención de Jacob Grimm mediando el siglo XIX, con interrogantes abiertos y recurrentes en el pensamiento europeo. El texto referido de Grimm, su ensayo sobre el origen de la lengua, tenía como ocasión la reedición del concurso convocado en 1769 por la misma institución que lo hacía nuevamente en 1851, la Academia Prusiana de las Ciencias, a partir de la pregunta acerca de si los seres humanos, abandonados a sus capacidades naturales, serían capaces de inventarse una lengua por sí mismos [*Haben die Menschen, ihren Naturfähigkeiten überlassen, sich selbst Sprache erfinden können?*]. La respuesta evidente era una disertación sobre el origen de la lengua, una cuestión que traería consigo controversias de distinta índole, sobre todo en el conflictivo terreno de la secularización. Herder, él mismo un pastor protestante que había estudiado en Königsberg con figuras de la talla de Immanuel Kant y Johann Georg Hamann, postulaba al lenguaje –o más bien a la capacidad de reflexión o *Besonnenheit*, la facultad que lo haría posible– como elemento clave en la antropogénesis, pero lo hacía situando su desarrollo en la historia, y no a partir de la providencia divina –posición que le granjearía los reproches de Hamann. Desde el comienzo, el desarrollo del lenguaje está vinculado a la antropogénesis, y la antropogénesis al progresivo desprendimiento del *Geist* de su anclaje material en el cuerpo.

*Ya como animal, el ser humano tiene lengua [Schon als Thier, hat der Mensch Sprache]. Todas las sensaciones intensas, y las más intensas entre las intensas, las dolorosas, todas las pasiones fuertes de su alma se expresan inmediatamente en grito, en tonos, en sonidos salvajes, desarticulados (Herder, 1772, p. 3).*

Anticipando el terreno en el que polemizará con Condillac,<sup>11</sup> la primera frase instala sobre una deliberada tensión entre sus términos la cuestión de la lengua en la definición de lo humano. La posibilidad de pensar el lenguaje en la historia le viene a Herder, probablemente, de la indeterminación de ese momento de la antropogénesis: el hombre es también, en algún momento, animal, y ya en ese momento tiene, como otros animales, una lengua. Esa lengua no es la que lo diferenciará luego de los animales, sino la que lo emparenta con ellos, pero el mismo hecho de que en la animalidad haya lenguaje hace que sea posible pensar la formación del lenguaje como un hecho de este mundo. Lo animal del hombre, en este punto se encuentra en esa mención de lo que el cuerpo siente (el dolor sobre todo) y lo que el alma expresa, las pasiones, y todo esto de modo inmediato: en gritos, en sonidos.

El lenguaje así es primariamente una respuesta sonora al estímulo exterior: el cuerpo respondiendo al entorno. Poco más adelante se hará lugar a la discusión acerca del umbral verbal concreto del lenguaje humano, y ahí nuevamente emergerá la cuestión de la exposición del cuerpo al mundo, y aquellos sonidos que no son aún palabras sino

---

<sup>11</sup> En un capítulo particularmente iluminador de su historia de las filosofías del lenguaje, Lia Formigari lee paralelamente los ensayos prácticamente contemporáneos de Condillac y Herder sobre el origen del lenguaje, y cómo en ellos la diferencia fundamental con respecto a la perspectiva evolutiva y sus fundamentos pasa por esa instancia gradual o radical de la antropogénesis. Así, si bien Herder sitúa el desarrollo del lenguaje en la historia, esto sucede a partir de una diferencia innata con el animal, en cuanto a la oposición entre el instinto y la razón. Si bien los lenguajes animales pueden ser considerados tales, no son lo mismo que el lenguaje humano. Por el contrario, en Condillac la diferencia se trataría de una cuestión de grados: todo lenguaje es una respuesta a estímulos exteriores, que varía en las distintas especies según su grado de complejidad. La filosofía de la Restauración, en el temprano siglo XIX, explica la autora, habría adoptado la hipótesis de una separación radical, y Condillac se convirtió al mismo tiempo en un blanco dilecto de los enemigos del Iluminismo, lo que contribuyó a relegar sus tesis largo tiempo (Formigari, 2004, p. 127).

gestos sonoros [*Lautgebärden*], y así aparecerá la interjección como forma lingüística primigenia de la lengua, tránsito entre la reacción instintiva y el artificio de la razón (cf. Burkhardt, 1998, p. 489).

Un comentarista temprano, Hermann Andreas Pistorius, entonces colaborador de la *Deutsche Allgemeine Bibliothek* de Robert Nicolai, anonimizado como “Bm” (Parthey, 1842, pp. 20-21), sostenía en su reseña que Herder no se habría limitado a postular una hipótesis, sino que demostraba y probaba el modo en el cual habría surgido el lenguaje. La *Besonnenheit* (suerte de conciencia de sí, vuelta de tuerca herderiana a la razón kantiana) es para él “la única fuerza positiva del pensamiento relacionada con una cierta disposición del cuerpo”.<sup>12</sup> El lenguaje aparece en la combinación de cuerpo y alma sacando algo hacia fuera, expresándolo, dándole existencia física en sonidos y gestos, pero sólo se convierte en *una* lengua cuando es vuelto a procesar como un objeto colectivo, incorpóreo, aún como un ser viviente. Lo que permite pensar el continuo, lo que emparenta al hombre con el animal es descartado como *un* lenguaje y desdeñado en su automatismo: “Si queremos, pues, llamar lenguaje a esos inmediatos sonidos de la naturaleza, su origen me parece, desde luego, el más natural. No es para nada sobrehumano, sino manifiestamente animal: la ley natural de una máquina sensible” (Herder, 1772, p. 23).

---

<sup>12</sup> “El ser humano se diferencia de todos los animales a través de una lengua articulada, utilizada con intención y arbitrio, por lo tanto, el origen de la misma debe buscarse en la diferencia característica del ser humano. Esta es la razón [*Vernunft*], como el autor prefiere llamarla, la *Besonnenheit*, a partir de la cual la fuerza pensante del ser humano se expresa en espacios más grandes, de acuerdo a una organización más refinada y de manera más clara. Es la única fuerza positiva del pensamiento, que, vinculada a una determinada organización del cuerpo, en el ser humano se llama razón, como en los animales deviene capacidad de artificio, que en él se llama libertad y en los animales deviene instinto. La diferencia, empero, no está en los niveles o en un suplemento en cuanto a las fuerzas, sino en una orientación y despliegue de todas las fuerzas completamente diversos” (Pistorius, 1773, p. 443).

Y es precisamente en ese momento que Herder establece sus diferencias con Condillac –y con él también Rousseau–, donde polemiza con la posibilidad de vincular el grito animal del cuerpo sensible estimulado con el producto de la razón (p. 24-28).

La discusión en torno al origen humano o divino del lenguaje constituye un punto decisivo del ensayo de Herder, y volverá a aparecer en el ensayo de Grimm de 1851. La idea misma del lenguaje sujeto a un *Geist* secular responsable del decurso de la historia como un asunto puramente humano era ya en sí revolucionaria, procediendo de un pastor protestante como Herder, podía resultar revulsiva en su contexto, y así lo demuestra la reacción de G. Hamann al acusar a su antiguo discípulo de haberse convertido en “un inteligente mayordomo de un indigno Mammon” (véase Ennis, 2015b). Por cándido que pueda aparecer visto desde el presente, la sustracción epistemológica del lenguaje del dominio de los dones divinos no deja de resultar un gesto importante en su contexto: del mismo modo que en 1777 un estudiante de Göttingen llamado Friedrich Wolf decidirá inscribir su formación como *studiosus philologiae* y no *studiosus theologiae*, el gesto herderiano llevaba también la reflexión sobre el lenguaje a un terreno secular. Si podía entenderse como invención humana, entonces podía incluirse entre los hechos de las personas, y como tal convertirse en dominio de la historia.

La respuesta de Grimm a la misma pregunta se reforzará a partir de un ejercicio de recopilación histórica acerca de la disciplina que él mismo había contribuido a establecer, señalando su indudable afianzamiento para mediados del siglo XIX, que nuevamente debía encontrar acuerdos con la fe profesada por el científico. Así, en la mirada de Grimm, el de la lengua era un terreno privilegiado para indagar en la pregunta por el origen, puesto que disponía de una larga documentación gracias a la invención de la escritura, y porque además –retoando largamente la discusión planteada ya por Herder– su lugar era

el de la historia, su condición la de una invención y patrimonio humanos. Precediendo en pocos años a la primera edición del *Origen de las especies de Darwin*, el texto de Grimm insistía en una división entre la historia natural y la historia de los hechos humanos que observaba en la primera un origen explicable a partir de la creación divina, y por tanto de una vez y para siempre en su forma definitiva –ya que la obra de Dios no podía estar sujeta a evolución, ya es perfecta de por sí–, mientras el lugar de la historia humana era el de la libertad, y sus productos sí podían explicarse a partir de la lógica de la evolución y el cambio. La lengua era así una invención humana, no solamente un instrumento de comunicación, sino sobre todo el medio privilegiado para la producción de la civilización y la cultura.

Herder y Grimm no sólo compartirían, en la respuesta a la misma pregunta en dos siglos distintos, la misma preocupación por dilucidar el carácter divinamente creado o secularmente producido del lenguaje, sino también la descripción del mismo como un proceso de abstracción progresiva, que supone el desarrollo de la cultura como la separación de la dimensión intelectual o espiritual del mundo de la materia y los sentidos. La lengua era un logro humano, una herramienta que debía ser refinada y optimizada, y esa mejora daba testimonio del desarrollo de sus usuarios, depositarios y detentores.<sup>13</sup> Incluso cuando la mirada que se posaba sobre ese desarrollo de las lenguas se basaba en la crítica romántica al imperio de la razón iluminista y la reivindicación de cierta autenticidad nativa y natural, esto se daba a partir de una descripción del desarrollo de la lengua marcado por su relación con la construcción humana de la cultura (como formación o *Bildung*). Así lo observa Amsterdamska al marcar cómo, en la *Deutsche Grammatik*, se muestra el progresivo extrañamiento de lengua y mundo como un creciente desprendimiento del predominio del cuerpo en función del espíritu: “El lenguaje temprano es corporal

<sup>13</sup> Todo esto ha sido trabajado más extensa y exhaustivamente en Ennis (2015b).

(*leiblich*), sensual, y lleno de inocencia; luego se vuelve ‘más espiritual, menos inmediato, y se ve en sus palabras la apariencia y la ambigüedad’. En el origen, la transparencia del significado habría estado garantizada por la relación inmediata y natural con la experiencia, y el crecimiento de la racionalidad hace sus caminos más abstractos y artificiales (Amsterdamska, 1987, p. 36).

En la conferencia de 1851, Grimm rastrea la creencia en la relación providencial entre el cuerpo humano y la lengua hasta la Antigüedad, refiriendo a Homero y comentando algunas etimologías sánscritas y griegas de *anthropos*, para desembocar en una cita de las *Metamorfosis* de Ovidio que ilustra bien su punto: “y aunque los demás animales contemplen la tierra inclinados, / dio una boca sublime al hombre y le ordenó ver el cielo / y a las estrellas levantar erguido su rostro”.<sup>14</sup>

La disposición del cuerpo humano es aquí una condición para la existencia del lenguaje, pero esta condición hace también la diferencia gracias a la base espiritual en que se sustenta. El ejercicio secularizador iniciado por Herder y continuado por Grimm, mediante el cual se aseguraba la inscripción del lenguaje en el ámbito estrictamente humano del devenir de la historia, trabajaba asimismo sobre esta ambivalencia de una antropogénesis en cuya base se sienta la diferencia radical entre animal y humano, pero que permite al mismo tiempo distinguir grados de desarrollo en la humanidad a partir de la distancia entre el predominio de los sentidos y el de la razón, entre ese cuerpo animal y el espíritu que hace la diferencia. Así, el modelo tipológico-evolutivo que Grimm propone en esa misma conferencia organiza las lenguas según el grado de abstracción y complejidad que ganan en su construcción gramatical –desde la proliferación léxica de la lengua adánica hasta la gramaticalización extrema de las lenguas clásicas–, entendiéndola, como observan Bauman y Briggs, como un

---

<sup>14</sup> Ovid., *Met.* 1,84/“pronaque quum spectent animalia caetera terram,/ os homini sublime dedit caelumque tueri/ jussit, et erectos ad sidera tollere vultus”.

modo de cartografiar las lenguas –cristalizadas en su identidad con los pueblos– situándolas al mismo tiempo en una cronología eminentemente moderna, que permitía medir en su gramática el nivel de su desarrollo histórico. De acuerdo con estos autores, la cientificación del saber sobre el lenguaje implicó “el desarrollo de prácticas de espacialización específicamente diseñadas para cartografiar la diferencia lingüística sobre la base de la distancia existente con respecto a las lenguas europeas modernas”, de modo tal que la conferencia brindada por Grimm, en contexto tan significativo y siendo ya una de las figuras más influyentes de su época en la reconfiguración de las ideologías lingüísticas existentes, le había brindado la oportunidad de “presentar una cartografía lingüística global” (Bauman y Briggs, 2003, p. 200). Esta cartografía se fundaba sobre todo en dos principios de temporalización complementarios. Por un lado, continuaba la línea de reflexión herderiana que comienza en la reacción al estímulo sensorial y mide su desarrollo a partir de la progresiva abstracción de fondo y forma. Las formas más antiguas, o las lenguas menos desarrolladas, se apegan a una mirada, una percepción predominantemente sensorial, y resultan incapaces de generar nada perdurable, ningún “monumento del espíritu”. Este segundo principio, que tiene que ver con la capacidad que cada lenguaje tiene de progresar y expandirse en el marco evolutivo más amplio, “nítidamente borra la violencia del colonialismo y el imperialismo –si las lenguas y literaturas desaparecen de la historia, es sólo culpa suya” (Bauman y Briggs, 2003, p. 201). Nuevamente, como se vio más arriba, la separación de lengua y cuerpo se cruza con la conjunción de cartografía y colonialismo. Pero la construcción de una representación cartográfica del lugar de las lenguas (y con ellas los pueblos) en la historia a partir de su posición en una escala basada en la abstracción de los sentidos a la razón no era obra exclusiva de Grimm, sino que es uno de los aportes más claramente identificables de la ciencia cuya madurez afirmaba en ese

acto. Como señalan poco más adelante los autores mencionados, esta nueva y útil cartografía global-colonial permitía ubicar a naciones supuestamente delimitadas y autónomas de todas partes del mundo en relación al modelo europeo que se ofrecía como superior, y situaba al lingüista en el lugar de autoridad para la identificación y comparación de los distintos lenguajes y su lugar en el mapa y la escala evolutiva, que permitiría evaluar la diversa capacidad de pensamiento abstracto y racional de cada pueblo y, eventualmente, su capacidad de autogobierno. Es en ese marco que los autores deciden situar la obra lingüística de un contemporáneo de Grimm, de especial influencia en el desarrollo de la cultura alemana del siglo XIX, y especialmente de los modos dominantes de comprender la relación entre lengua, cultura y comunidad política: Wilhelm von Humboldt.

Wilhelm von Humboldt ubicó esta tarea cartográfica en el centro de su agenda académica, estudiando en detalle toda lengua de la que pudiera obtener documentación. Los volúmenes resultantes usaban la noción de que la “necesidad interior del ser humano” de crear lenguas constituía “algo que reside en su propia naturaleza, indispensable para el desarrollo de sus poderes mentales y la obtención de una visión del mundo” (1988 [1836]: 27) como un punto de partida para comparar lenguas y naciones. Mientras von Humboldt arropaba estas comparaciones en una retórica más propia de la intuición estética (ver Aarsleff, 1988), los Grimm las elevaron al nivel de una ciencia propia (Bauman y Briggs, 2003, p. 202)

Más allá de la proverbial dificultad de su prosa, Wilhelm von Humboldt había trabajado también sobre el deslinde entre la base física y material del lenguaje y su dimensión espiritual, como puede leerse en su libro fundamental, publicado póstumamente por su hermano

Alexander von Humboldt a partir de la reunión de manuscritos, cartas y publicaciones anteriores, *Ueber die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluß auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts* [Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano, y su influencia en el desarrollo espiritual del género humano]. Un intelectual al que siempre ha resultado difícil asignar una posición claramente definida en el horizonte intelectual del XIX (Formigari 2004, pp. 139-140; Morpurgo Davies, 1998, 98 f.), pero de influencia decisiva en el establecimiento de las modernas ciencias del lenguaje en el horizonte intelectual de Occidente, Humboldt llegaba aquí a una inclusión explícita de formas corporales no verbales de expresión en la definición de lo que distingue a los seres humanos de los demás animales:

Al sonido del lenguaje se adecúa la postura erguida del ser humano, vedada al animal, y por la cual se lo llama. Puesto que el discurso no quiere languidecer en el suelo, reclama ser vertido libremente desde los labios hacia aquel a quien va dirigido, ser acompañado de la expresión de la mirada y de los gestos del semblante, así como de los gestos de las manos, y así rodearse de todo lo que el ser humano llama humano (Humboldt, 1848, p. 53).

El cuerpo parece ser nuevamente importante, si no decisivo aquí, pero aún como un mero facilitador de la producción del sonido, que expresa, saca afuera, el pensamiento. Como lo señalan Heller y McElhinny (2017, p. 29), si bien el giro que tiene lugar en la producción de conocimiento sobre el lenguaje a partir de la irrupción del paradigma histórico-comparativo supuso la construcción de estudios de una impronta científica y secular, los mismos “continuaron siendo configurados por nociones espirituales”. Así, si bien Humboldt retoma también el cuerpo como fundamento del carácter antropogenético de la

producción del lenguaje, y en su caracterización advierte la necesidad de tomar en consideración aspectos no verbales de la comunicación como parte de esa diferencia que hace al ser humano tal, lo importante sigue siendo un espíritu común que trasciende los cuerpos individuales. Luego de haber descrito la compleja relación entre lo fijo y lo fluido, entre la intervención libre del individuo y el poder autónomo de una lengua que acumula de manera sistemática la experiencia de generaciones, indica que: “En el modo en el cual la lengua se modifica en cada individuo, se manifiesta, frente al poder antes mencionado [de la lengua], una potestad del ser humano sobre ella” (Humboldt, 1848, p. 66).

Humboldt habla entonces de un “principio de libertad”, cuyos límites corresponde explorar al lingüista. Allí se incluye lo que podría leerse como una suerte de respuesta quizás paródica (como crítica u homenaje), un eco del célebre comienzo de Herder, subrayando el suelo común del lenguaje humano como un rasgo distintivo largamente distante de la satisfacción de necesidades inmediatas propias del “estado de naturaleza”: “Ya que el ser humano, como género animal, es una criatura que canta, pero uniendo pensamientos con los sonidos [Denn der Mensch, als Thiergattung, ist ein singendes Geschöpf, aber Gedanken mit den Tönen verbindend]” (Humboldt, 1848, p. 61). Así, había definido páginas antes “la verdadera materia del lenguaje” como, por un lado “el sonido en sí” y por el otro “la totalidad de las impresiones sensoriales y los movimientos propios del espíritu, que anteceden a la formación del concepto con la ayuda de la lengua” (Humboldt, 1848, p. 46).

La consecuencia inmediata que se obtiene de esta reflexión, sin embargo, es la de la necesidad de un estudio preferencial de “la composición real” [*die reale Beschaffenheit*] de los sonidos, de modo tal de obtener una idea clara de la “forma” de cada lengua. El concepto de la forma de una lengua, como prosigue Humboldt, no debería excluir he-

chos ni circunstancias singulares, sino incluir la mayor cantidad posible de aspectos individuales, aquellos que se pueden verificar realmente en la historia. Este juego de inclusión y exclusión del individuo encontrará un giro decisivo en el lugar asignado al espíritu, que hace de la lengua un atributo de un sujeto colectivo o supraindividual, designado a lo largo del texto predominantemente como “nación”.

Se entiende, por lo tanto, que en el concepto de la forma de la lengua no se debe acoger individualidad alguna como hecho aislado, sino siempre sólo debe hacérselo en la medida en la cual se permita descubrir en ella un método de formación lingüística [*eine Methode der Sprachbildung*]. A través de la presentación de la forma debe reconocerse el camino específico a través del cual la lengua, y con ella la nación a la que pertenece, accede a la expresión del pensamiento (Humboldt, 1848, p. 47)

Así como desde el comienzo del texto se establece que es la fuerza espiritual [*Geisteskraft*] humana –cuya manifestación aparece como un objetivo de la historia del mundo– lo que constituye el vínculo común que explica la relación entre lenguas y pueblos (*ibid.*, p. 1), es “la actividad espiritual de la nación”, su “unidad espiritual”, lo que moviliza las lenguas y hace posible su transmisión y apropiación entre las diversas generaciones. El lenguaje mismo se puede conocer solamente remontando la diversidad de sus componentes desperdigados hacia esa forma inicial, y así también la identidad y parentesco entre las lenguas puede reconocerse en la identidad y parentesco de esa forma abstracta y supraindividual.

Tal como lo establece Morpurgo Davies (1998, p. 104, cf. Formigari, 2004, p. 140), el problema central de la teoría humboldtiana reside justamente en el esfuerzo por reconciliar esa diversidad de las lenguas dadas con la universalidad de la facultad del lenguaje. Aquí, Humboldt

encuentra la vía para conciliarlas en esta abstracción de la *forma*: “Las formas de muchas lenguas pueden reunirse en una forma aún más general; y las formas de todas lo hacen, de hecho” (Humboldt, 1848, p. 48). Este suelo humano universal común se basa, de acuerdo con Humboldt, no solamente en representaciones [*Vorstellungen*] similares, necesarias para la construcción de formas léxicas y gramaticales, sino sobre todo en la base fisiológica del lenguaje hablado [*Gleichheit der Lautorgane*] y su estímulo externo (en este punto habla de la relación existente entre sonidos vocales y consonánticos y “ciertas impresiones sensoriales” [*gewisse sinnliche Eindrücke*]), sobre cuya naturaleza no aporta mayor precisión en esta instancia. Pero todo esto es definido al fin y al cabo por la *forma*, que trata de describir una vez más como aquello que opera en la transmisión de las lenguas –y contribuye a la vez a reconstruir la historia allí donde no restan otros elementos que la documenten–, donde una *materia realmente existente* es transmitida y transformada de un pueblo a otro en maneras casi siempre imposibles de demostrar, donde la identidad de los órganos del habla sólo permite identificar lo que allí opera (produciendo la diferencia y preservando la identidad a través de la historia) como la *Geisteskraft* que trabaja allí para hacer emerger aquello que permite dar cuenta del parentesco y la distancia entre las lenguas humanas, esto es, la *forma*.

Consecuentemente, Humboldt identifica dos principios que trabajan en el lenguaje en general y que permiten a la vez la diferenciación entre las lenguas individuales: la forma sonora [*Lautform*] y el uso.

Las lenguas difieren en cuanto al primer término, que adquiere el lugar de lo esencial (la *forma*, tal como lo indicaba la tradición platónica, cristiana y cartesiana del pensamiento occidental, precede y determina el incidente), sobre cuya base opera el segundo para designar objetos y concatenar pensamientos.

Tomo aquí el procedimiento de la lengua en su extensión más amplia, no meramente en su relación con el discurso y el inventario de sus elementos léxicos, como su producto inmediato, sino también en su relación con la facultad del pensamiento y la sensibilidad. Se trabaja sobre todo el camino a través del cual [la lengua], partiendo del espíritu, incide de vuelta sobre él [*vom Geiste ausgehend, auf den Geist zurückwirkt*] (Humboldt, 1848, p. 51).

Así la lengua, de acuerdo con Humboldt, da forma al pensamiento, y permite exteriorizar la actividad interna, espiritual de la mente humana, algo que sucede –lo mismo que en Herder o Grimm– a través de los órganos fonadores y auditivos gracias a una disposición natural originaria de la naturaleza humana, aquella que la hace tal (Humboldt, 1848).

En el modo en el cual cada lengua procesa el mundo podrá verse la idiosincrasia de cada pueblo. Humboldt dedica una larga disquisición a demostrar cómo en la manera en la cual cada pueblo organiza su percepción del mundo en la designación de los objetos que lo rodean, puede no sólo determinarse la condición de sus hablantes, sino también comprenderse la mayor o menor armonía de los sonidos. Nuevamente, corresponde al especialista la autoridad para distinguir la condición más objetiva o subjetiva, materialista o espiritual de cada pueblo. Al especialista corresponde también indagar en esa escala en la cual el sonido se va refinando y perfeccionando como herramienta comunicativa a medida que se desprende del cuerpo: “Puesto que cuanta más luz y claridad del sentido de la lengua [*Sprachsin*n] en la representación de objetos sensuales [*sinnliche Gegenstände*], y cuanto más pura y carente de cuerpo [*körperlos*] es la definición que exige para los conceptos espirituales [*geistige Begriffe*], tanto más agudos [...] se muestran los sonidos articulados” (Humboldt, 1848, p. 100).

\*

Un consenso mencionado al comienzo, consistente y consecuente con la preocupación williamsiana por el lenguaje como actividad constitutiva y constituyente del lenguaje –y en ese sentido al mismo tiempo deudora y crítica de la tradición que se acaba de revisar– fundamental para este proyecto es el existente en este campo en torno a la construcción política del artefacto lengua. Este carácter políticamente construido del objeto lengua encuentra sus características más notorias en un complejo y cambiante entramado de condiciones históricas de posibilidad para la producción de discursos y prácticas, que incluyen lo que habitualmente consideramos circunstancias políticas, económicas, técnicas y epistemológicas. Para plantear una hipótesis sintética al respecto, puede decirse que la empresa de la instalación de la lingüística moderna y la de las lenguas modernas tal como las conocemos –esto es, como lenguas estandarizadas de extensión masiva, identificadas con determinadas configuraciones de los Estados-nación de la modernidad y de las vías de la circulación internacional de las mercancías, basadas en variedades de prestigio escritas e impresas, claramente distinguidas de otras lenguas dadas (cf. Mühlhäusler, 1996), equivalentes, o al menos expuestas a un rasero común– fueron empresas contemporáneas y en buena medida dependientes de las mismas tecnologías y los procesos de desarrollo de un mercado internacional del comercio y la comunicación que estas hacían posible (cf. Hurch, 2018). En un momento en el cual el modo de ser los seres humanos en el mundo parecía encontrarse bajo constantes cambios y desafíos (todo lo sólido se desvanece en el aire), las lenguas aportaban un medio simbólico, epistemológico y técnico para trazar fronteras, consolidar filiaciones y rastrear genealogías comunes, organizando, como dicen Bauman y Briggs (2003), una nueva cartografía y una nueva cronología. Se trataba de un terreno donde podía explicarse y gestionarse la diferencia, un objeto maleable que conectaba los niveles de lo micro y lo macro, la conciencia y la sociedad, lo público y lo privado.

Estas circunstancias encuentran una encrucijada peculiar en el ámbito de lengua alemana a comienzos del siglo XIX, donde el desastre de las guerras napoleónicas impulsa un largo proceso de reorganización y refundación marcado en lo político por la búsqueda de una unificación de los múltiples Estados en una nación cuya unidad debía construirse culturalmente a través de una idea de la formación cultural como *Bildung*, que recogía y reinventaba tradiciones preexistentes, y en cuya configuración corresponde un sitio central a figuras como Jacob Grimm y, sobre todo, Wilhelm von Humboldt. Si el primero logra junto con su hermano una de las más notables formas de incorporación masiva a la cultura burguesa predominantemente urbana de un acervo tradicional representativo de la nación y destinado a la formación desde la niñez (los *Cuentos de la infancia y el hogar*) a través de su sustracción, procesamiento e incorporación al mercado del libro,<sup>15</sup> al segundo corresponde un rol decisivo en el establecimiento de un sistema educativo duradero que sostendría la administración del Estado y contribuiría a afianzar una burguesía ilustrada (*Bildungsbürgertum*) pujante que tendía a una relación más bien complementaria que antagonica con la burguesía económica (*Wirtschaftsbürgertum*). Al menos así puede leerse en el volumen fundamental de Aleida Assmann sobre el concepto de *Bildung* (Assmann, 1993, pp. 41-42), donde se proporciona una detallada y compleja descripción del modo en el cual la pregunta por la formación intelectual (toda traducción del concepto, como suele suceder en estos casos, traiciona su especificidad<sup>16</sup>) se re-

---

<sup>15</sup> “Al hacer esto, contribuyeron a transformar formas simbólicas que, según su parecer, habían estado ligadas a ciertos lugares e identidades sociales en particular, de modo tal que pudieran circular en un libre mercado textual. De todos modos, podemos leer este proceso como la extracción de conocimiento de un acervo cultural común y su conversión en capital simbólico que podía ser controlado por ciertas clases en particular, y en mercancías, textos publicados, que podían ser comprados y vendidos en un mercado capitalista” (Bauman y Briggs, 2003, p. 217).

<sup>16</sup> En español puede consultarse la traducción del trabajo de Michel Fabre –reali-

vela en el siglo XIX como un problema específicamente alemán, como uno de los modos de resolver el supuesto atraso percibido frente a, por ejemplo, franceses o ingleses, en la formación de la nación dentro del complejo panorama político de un territorio con tantos Estados como días tiene el año (p. 34). En este contexto, la caída del antiguo Sacro Imperio ante Napoleón tiene como consecuencia una serie de reformas burguesas que, con Gumbrecht (2003, p. 55), aparecían en Estados como Prusia como reacciones frente a la experiencia de la derrota nacional, como una intervención sobre la imagen normativa de la sociedad en la cual la consagración de un pasado glorioso debía contribuir a establecer los parámetros para el futuro deseado para una nación aún en ciernes.

Como observa Errington (2008, p. 72), refiriendo a Greenfield (1992, p. 78), no puede hablarse de un nacionalismo alemán previo a 1806, pero ya en torno a 1815 puede vérselo ya maduro entre los miembros de esa misma burguesía ilustrada que debían bregar por su estatus. Así como Blackbourn constata en la literatura historiográfica el juicio extendido sobre el hecho de que a fines del siglo XVIII,

---

zada por Alejandro Rendón Valencia para la Revista Educación y Psicología de la Universidad de Salamanca— acerca de este concepto, cuyos esclarecedores párrafos iniciales me permito citar aquí in extenso: “La palabra alemana *Bildung* remite a imagen (*Bild*), modelo (*Vorbild*), imitación (*Nachbild*). Es una síntesis y, a la vez, una superación de *Form* (forma), de *Kultur* (cultura) y de *Aufklärung* (Ilustración). El origen de la *Bildung* se sitúa en la mística medieval en la que el hombre lleva en su alma la imagen (*Bild*) de Dios, a partir de la cual ha sido creado y la cual debe desarrollar. En el siglo XVIII, la idea de *Bildung* se separa progresivamente del antiguo concepto de forma exterior natural (una formación montañosa, un rostro bien formado) para espiritualizarse y asociarse a *Kultur*, bajo la influencia de Herder y de Wilhelm von Humboldt. [...] En la tradición del idealismo alemán, la *Bildung* tiende entonces a reencontrar —de manera enriquecida y renovada— su original significado místico. Esquemáticamente, la *Bildung* es trabajo sobre sí mismo, cultivo de los talentos para el perfeccionamiento propio. Ella apunta a hacer de la individualidad una totalidad armoniosa, lo más rica posible, totalidad que en cada uno permanece vinculada a su estilo singular, a su originalidad. La *Bildung* es, pues, la vida en el sentido más elevado” (Fabre, 2011, p. 216).

mientras Inglaterra culminaba una Revolución industrial y Francia una política en Alemania se constata una mera “revolución de la lectura” (Blackbourn, 1997, p. 40), Assmann había logrado definir el lugar de la lectura en la compleja y cambiante sociedad alemana del XIX como el de una esfera deliberadamente retirada de la política, en la que se instituye el medio de la *Bildung* como sustituto secular de la religión (Assmann, 1993, p. 45). En ese sentido, las reformas guillerminas habrían complementado las decisiones políticas y económicas que tendían a quitar poder a la nobleza y apoyar el progreso de la burguesía con la creación o reforma de todo un conjunto de instituciones destinadas a su formación, de cuya configuración se ocuparía Wilhelm von Humboldt (Errington, 2008, p. 75). En el centro de esas reformas se encontrará primeramente la filología tal como era concebida por Friedrich Wolf, cuya “Darstellung der Altertumswissenschaft” (Presentación de la ciencia de la Antigüedad, 1807) ha sido vista como un verdadero texto maestro de la política humboldtiana (cf. Andurand, 2013, pp. 224-225), y posteriormente será el propio Humboldt quien, además de con sus propias investigaciones, atrayendo hacia Berlín a la figura pionera de Franz Bopp, entre otros, contribuya también fuertemente al afianzamiento de unas ciencias del lenguaje que se definían por su separación de la filología, pero usando –lo mismo que Wolf para definir la superioridad de las culturas clásicas y su *Bildung*– el argumento del desinterés de una actividad científica sólo ocupada en la dilucidación de su objeto –y el eventual aporte que la misma realizaría a la consolidación de la nación.

Pocos años después, August Schleicher, representante prominente de la segunda generación de lingüistas profesionales en Alemania, ofrece en *Die deutsche Sprache* (La lengua alemana, 1860) una propuesta de divulgación que se presenta al mismo tiempo como una intervención sobre la formación del *Volk* (pueblo) en su relación con la lengua. El éxito de la obra se jugaba en su capacidad de desmontar los prejuicios

cios existentes entre los distintos dialectos, y en permitir a un público lector más amplio reconocer el valor y la santidad [*Werthschätzung und Heilighaltung*] de la lengua materna (Schleicher, 1860, p. 6).

Si la retórica tradicional, si la gramática prescriptiva consagrada por las academias monárquicas implicaban en buena medida una dimensión pragmática, una teoría y una disciplina del uso de una competencia restringida a un círculo privilegiado, la historización de la lengua –como ha visto Tuska Benes (2008, p. 115)– trasciende ese ámbito para ofrecer una representación de la lengua materna como herencia común, tan inalienable como intangible (es nuestra historia, nuestra herencia, dirá Grimm, cfr. Ennis, 2015b). Para convertirse en objeto de la ciencia y en sujeto de la construcción política de una nueva figura de la soberanía, la lengua debe sustraerse a la agencia de sus depositarios y detentores. Involucrada en un proceso de secularización que no implica la abolición de las estructuras de lo religioso sino su transformación, la lengua debía, asimismo, sin dejar de reconocer su sostén en la sociedad que hacía uso de ella, ser sustraída y situada en un espacio trascendente. En ese movimiento, sin dejar de reconocer el lugar de su origen fisiológico en el cuerpo, debía definirse por su capacidad de desprenderse progresivamente de él, jugando así la clave de su desarrollo, su modo de definir al ser humano en su humanidad a partir de su progresiva capacidad de desprenderse del cuerpo, de la creciente distancia entre el aullido animal y la sintaxis de la razón que podía definir y codificar el lugar de cada uno en la historia.

### **Referencias bibliográficas**

- Aarsleff, H. (1982). *From Locke to Saussure. Essays on the Study of Language and Intellectual History*. Londres: Athlone.
- Agamben, G. (2005). Elogio de la profanación. En *Profanaciones* (pp. 95-119). Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Amsterdamska, O. (1987). *Schools of thought. The development of linguistics from Bopp to Saussure*. Dordrecht: Reidel.

- Andurand, A. (2013). Friedrich August Wolf, “héros éponyme” de la Science de l’Antiquité. *Anabases*, 17, 223-229.
- Assmann, A. (1993). *Arbeit am nationalen Gedächtnis. Eine kurze Geschichte der Deutschen Bildungsidee*. Frankfurt: Pandora/Campus.
- Arnoux, E. (2000). La Glotopolítica: transformaciones de un campo disciplinario. En: *Lenguajes: teorías y prácticas*. Buenos Aires: GCBA, Secretaría de Educación, Instituto Superior del Profesorado “Joaquín V. González”.
- Arnoux, E. (2016). La perspectiva glotopolítica en el estudio de los instrumentos lingüísticos: aspectos teóricos y metodológicos. *Matraga*, 38, 18-42.
- Arnoux, E. y del Valle, J. (2010). Las representaciones ideológicas del lenguaje. Discurso glotopolítico y panhispanismo. *Spanish in Context*, 7(1), 1-24.
- Bauman, R., Briggs, Ch. (2003). *Voices of Modernity. Language Ideologies and the Politics of Inequality*. Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press.
- Benes, T. (2008). *In Babel’s Shadow. Language, Philology and the Nation in Nineteenth-Century Germany*. Detroit: Wayne UP.
- Benjamin, W. (2016). El capitalismo como religión. *Katatay*, X(13-14), 187-190.
- Blackbourn, D. (1997). *The Long Nineteenth Century: A History of Germany 1780-1918*. Oxford: Oxford University Press.
- Blumenthal, P. (2003). Der Begriff der externen und internen Sprachgeschichte in der Romanistik. En: G. Ernst, Ch. Schmitt y W. Schweickard (eds.). *Romanische Sprachgeschichte. Ein internationales Handbuch zur Geschichte der romanischen Sprachen* (pp. 38-45). Berlin/New York: de Gruyter.
- Burkhardt, A. (1998). Interjektion. En G. Ueding (ed.). *Historisches Wörterbuch der Rhetorik*, t. 4 (pp. 484-493). Tübingen: Niemeyer.

- Bybee, Joan (2006). From Usage to Grammar: The Mind's Response to Repetition. *Language*, 82(4), 711-733.
- Coseriu, E. (1978 [1957]). *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*. Madrid: Gredos.
- Crowley, T. (1996). *Language in History*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Del Valle, J., ed. (2007). *La lengua ¿patria común?* Frankfurt: Vervuert.
- Del Valle, J., ed. (2013). *A Political History of Spanish. The Making of a Language*. Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press.
- Del Valle, J., ed. (2016). *Historia política del español. La creación de una lengua*. Madrid: Aluvión.
- Derrida, J. (1995). *Mal d'archive. Une impression freudienne*. París: Galilée.
- Desmet, P. y Swiggers, P. (1995). *De la grammaire comparée à la sémantique. Textes de Michel Bréal publiés entre 1864 et 1898*. Lovaina y París: Peeters.
- Didi-Huberman, G. (2000). *Devant le temps. Histoire de l'art et anachronisme des images*. París: Minuit.
- Ennis, J. (2008). *Decir la lengua. Debates ideológico-lingüísticos en Argentina desde 1837*. Frankfurt et al.: Peter Lang.
- Ennis, J. (2014a). August Schleicher: los dos cuerpos de la lengua. *Revista Argentina de Historiografía Lingüística* VI, 107-121. Recuperado de: [www.rahl.com.ar](http://www.rahl.com.ar)
- Ennis, J. (2014b). El uso, la propiedad y el valor en el debate de la lengua americana. *Anclajes*, 17(2), 1-17
- Ennis, J. (2015a). La propiedad y la lengua en la emergencia de los estados hispanoamericanos. Notas sobre Andrés Bello. *Romanistisches Jahrbuch*, 66, 227-255.
- Ennis, J. (2015b). El origen de la lengua y los comienzos de la lingüística: una pregunta del siglo. En J. Grimm, *Sobre el origen de la lengua* (pp. 9-71). Caseros. EdUNTref.

- Ennis, J. y Pfänder, S. (2013). *Lo criollo en cuestión. Filología e historia*. Buenos Aires: Katatay.
- Errington, J. (2008). *Linguistics in a Colonial World. A Story of Language, Meaning and Power*. Londres y Malden, MA: Blackwell.
- Fabre, M. (2011). Experiencia y formación: la *Bildung*. *Revista Educación y Pedagogía*, 23(59), 215-225.
- Farnell, B. (2012). *Dynamic Embodiment for Social Theory. "I move, therefore I am"*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Foffani, E. y Ennis, J. (2016). El capitalismo como religión. Introducción. *Katatay*, X(13-14), 178-186.
- Formigari, L. (2004). *A History of Language Philosophies*. Amsterdam y Philadelphia: John Benjamins.
- Foucault, M. (1969). *L'Archéologie du savoir*. París: Gallimard.
- Foucault, M. (2005 [1966]). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Geary, P. (2003). *The Myth of Nations. The Medieval Origins of Europe*. Princeton: Princeton University Press.
- Geertz, C. 1973. *The Interpretation of Cultures*. Nueva York: Basic Books.
- Grimm, J. (2015 [1852]). *Sobre el origen de la lengua*. Caseros: EdUNTreF.
- Gumbrecht, H.-U. (2003). *The Powers of Philology. Dynamics of Textual Scholarship*. Urbana y Chicago: University of Illinois Press.
- Guy, G. (2005). Grammar and usage: A variationist response. *Language*, 81(3), 561-563.
- Heller, M. y McElhinny, B. (2017). *Language, Capitalism, Colonialism. Towards a Critical History*, Toronto: Toronto UP.
- Herder, J. G. (1772). *Abhandlung über den Ursprung der Sprache*. Berlín: Voß.
- Hobsbawm, E. (1997). *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality*, New York: Cambridge University Press.
- Humboldt, Wilhelm von (1848). *Ueber die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluss auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts, Gesammelte Werke*, 6, (pp. 1-425). Berlin: Reimer.

- Hurch, B. (2018). Die Ware Buch und die Philologie. *Romanische Studien*, 4, 223-239.
- Hymes, D. (1972). Introduction to *Language in Society*. *Language in Society*, 1(1), 1-14.
- Hymes, D. (1978). Booknotes. Raymond Williams, *Marxism and Literature* (Oxford Paperbacks 382). Oxford: Oxford University Press, 1977. *Language in Society*, 7(2), 291.
- Laury, R. y Ono, T. (2005). Data Is Data and Model Is Model: You Don't Discard the Data That Doesn't Fit Your Model! *Language*, 81(1), 218-225.
- Lebsanft, F. (2003). Geschichtswissenschaft, Soziologie und romanistische Sprach-geschichtsschreibung. En: G. Ernst, Ch. Schmitt y W. Schweickard (Eds.), *Romanische Sprachgeschichte. Ein internationales Handbuch zur Geschichte der romanischen Sprachen* (pp. 481-493). Berlín y Nueva York: de Gruyter.
- Meyer, Ch. Y Tao, H. (2005). Response to Newmeyer's 'Grammar Is Grammar and Usage Is Usage'. *Language*, 81(1), 226-228.
- Morpurgo Davies, A. (1998). *La linguistica dell'Ottocento*. Bolonia: Il Mulino.
- Mühlhäusler, P. (1996). *Linguistic Ecology: Language Change and Linguistic Imperialism in the Pacific Region*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Nerlich, B. (1992). *Semantic Theories in Europe 1830-1930*. Amsterdam y Philadelphia: John Benjamins.
- Nerlich, B. y Clarke, D. (1996). *Language, Action and Context. The Early History of Pragmatics in Europe and America, 1780-1930*. Amsterdam y Philadelphia: John Benjamins.
- Newmeyer, F. (2003). Grammar is grammar and usage is usage. *Language*, 79(4), 682-707.
- Newmeyer, F. (2005). A Reply to the Critiques of 'Grammar Is Grammar and Usage Is Usage'. *Language*, 81 (1), 229-236.

- Olender, M. ([1989] 2005). *Las lenguas del Paraíso. Arios y semitas: una pareja providencial*. Buenos Aires: FCE.
- Parthey, G. (1842). *Die Mitarbeiter an Friedrich Nicolai's Allgemeiner Deutscher Bibliothek nach ihren Namen und Zeichen in zwei Registern geordnet. Ein Beitrag zur Deutschen Literaturgeschichte*. Berlín: Nicolai'sche Buchhandlung.
- Pistorius, H. (1773). Reseña: Abhandlung über den Ursprung der Sprache, welche den von der königlichen Akademie der Wissenschaften für das Jahr 1770 gesetzten Preis erhalten hat, von Herrn Herder. Auf Befehl der Akademie herausgegeben, *Vocabula sunt notae rerum*. Cic. Berlin, bey Christian Friedrich Voß, 1772 & Versuch einer Erklärung des Ursprungs der Sprache. Riga, bey Johann Friedrich Hartknoch, 1772. *Allgemeine Deutsche Bibliothek*, 19(2), 439-451.
- Schleicher, A. (1860). *Die deutsche Sprache*. Stuttgart: Cotta.
- Schleicher, A. (1865). Über die Bedeutung der Sprache für die Naturgeschichte des Menschen. Weimar: Böhlau.
- Steinthal, H. (1848). *Die Sprachwissenschaft Wilh. v. Humboldt's und die Hegel'sche Philosophie*, Berlin, Dümmler.
- Tsiapera, M. (1990). Organic metaphor in early 19<sup>th</sup> century linguistics. En E.F.K. Koerner y H.-J. Niederehe (Eds.), *History and Historiography of Linguistics* (pp. 577-587). Amsterdam y Philadelphia: John Benjamins.
- Vernant, J.-P. (2005). Prefacio. En: Olender, M. *Las lenguas del Paraíso. Arios y semitas: una pareja providencial* (pp. 9-12). Buenos Aires: FCE.
- Williams, R. (1977). *Marxism and Literature*. Oxford: Oxford University Press.
- Wolf, F. A. (1807). Darstellung der Alterthumswissenschaft. *Museum der Alterthumswissenschaft*, 1, 1-145.